

# D: El inmortal

## Semblanza libre



*Lucas Rozenmacher*

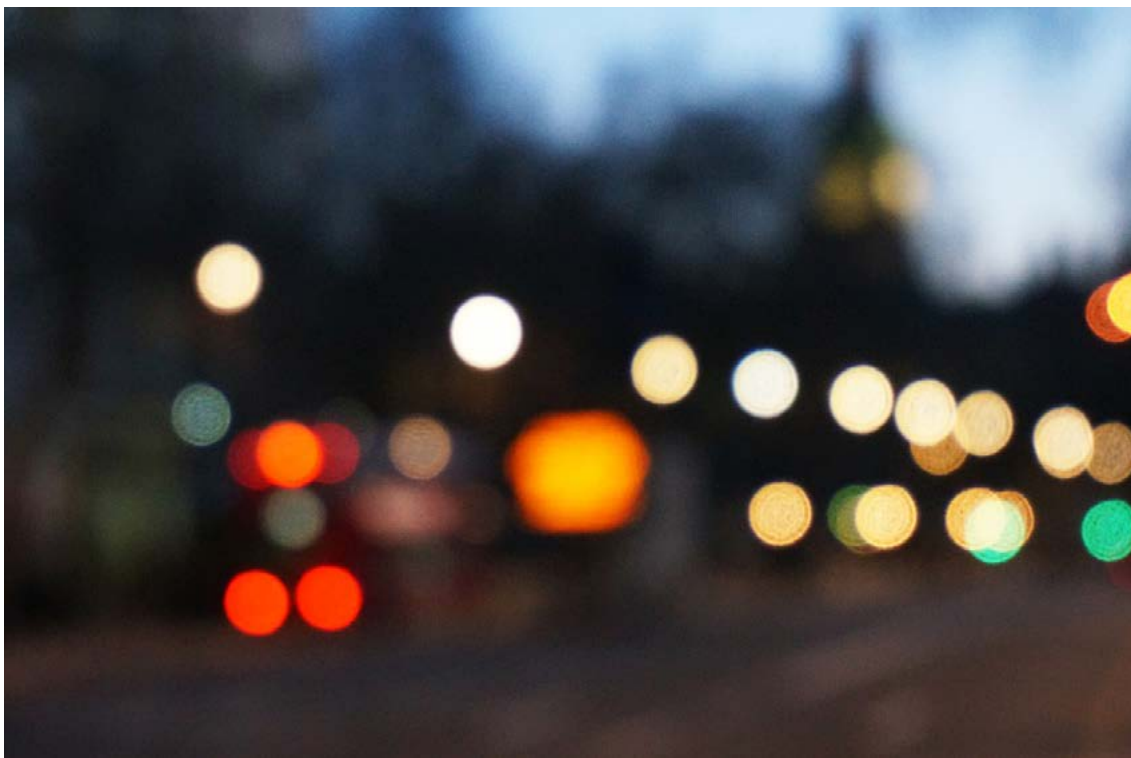
*al poeta de  
versos inconexos  
y la bicicleta temeraria*

El D es una de esas personas que con el tiempo y la distancia se vuelven esos poetas cósmicos que conforman la mitología que solo un barrio del sur del Conurbano Bonaerense puede ser capaz de crear.

Dentro de ese universo mitológico se inscribe el relato que ahora voy a sugerirles a lo largo de estas líneas.

Esta historia —parte de verdad, parte de imaginación— ocurrió hace no mucho tiempo, en un barrio de monoblocs en el cual desde el nombre de sus calles podemos trasladarnos a una latente Barracas al sud, cargada de antihéroes y artistas desconocidos.

Cada una de las calles llevan impresas en sus carteles nombres de desconocidos poetas de Avellaneda, olvidados hasta por sus familiares, pintores suicidas y músicos incomprensidos que se hundieron en el ostracismo, y reencarnan en calles finitas, de una cuadra y media de extensión y que dan el aspecto de una cinta de Moebius entrecortada por accidentes urbanos.



Güemes es el lugar en el que conocí la belleza de la amistad y también el amor, ese es el lugar en el que pasé mi infancia y adolescencia. Güemes es el espacio en el que todavía conservo lazos profundos y es también el lugar donde creció El D. Tanto su vida como su mito.

Corría el año setenta y nueve (por lo menos eso creo) cuando vi por primera vez a El D. Todos nosotros vivíamos cerca de un terraplén por el que pasaba el tren y en el que debajo había una serie de canchitas de fútbol que daban a la calle con el nombre de un poeta de la ciudad llamado Amaro Giura.

Los trenes que pasaban por allí se trasladaban, en ese momento, durante horas (ahora es eléctrico), entre la ciudad de Buenos Aires (desde Constitución) y la ciudad de La Plata (en la provincia de Buenos Aires).

Siempre lo veía pasar, pero nunca me había subido, hasta el día en el que tuve que ir a hacer la revisión médica para la colimba (pero ese es otro tema).

Es decir, la mayoría de nosotros lo veía ir y venir. Pasaba para un lado y para el otro, avisándonos que estaba por llover cuando la tierra y los motores se sentía que vibraban con mayor intensidad, y rodaban sin dejar rastro durante los días secos.

Desde ese terraplén, nos tirábamos con cartones haciendo culipatín, gritando como condenados a muerte y con bastante cagazo al ver que, en el camino que nos transportaba de los rieles a la canchita en forma de banana, nos encontrábamos con piedras, vidrios, hierros oxidados, ramas, palos puntiagudos y arbustos. Había que estar muy atento e ir esquivándolo todo, por lo que

teníamos que combinar rapidez con destreza, y dejar que saliera a relucir un poco, por qué no, nuestro lado cauteloso y hasta cobarde que ralentizaba la caída, pero permitía que volviéramos a repetir la jugada nuevamente.

De allí, desde ese mismo lugar en el que todos nos mandábamos, también se tiraba El D, un chico dos años menor que yo, pero que, a diferencia de todos los demás, lo hacía montado en una bicicleta de carrera, una de esas que tenía las ruedas finitas y que era, por donde se lo mirara, mucho menos estable que un cartón para realizar las maniobras de bajada y aterrizaje en la canchita. Porque, no lo había comentado antes, pero previo a concluir la bajada del terraplén, contaba con una dificultad adicional, un recorte en el que se pasaba de la caída empinada a lo que parecía un mini barranco de poco más de un metro de alto que, en algunos casos, significaba un desplome que te dejaba con el coxis en la garganta.

De allí y con esa dificultad que describí en el párrafo anterior, este pibe se tiraba en su bicicleta. A veces decíamos que tenía “huevos”, otras una locura infinita, pero él lo hacía.

Cada caída por el terraplén terminaba siendo exactamente eso: una caída por el terraplén en la que él rodaba, llevándose puesto, piedras, latas, astillas y vidrios, repitiendo la acción una y otra vez.

Luego de cada derrumbe por esa montaña ferroviaria, al llegar al final del camino, todo moretoneado y cortajeado, cuando tocaba el piso, daba un salto, incorporándose de inmediato y, al grito de “no me duele, nada me duele”, volvía a subir corriendo con la bicicleta para realizar, nuevamente, la acción.

A esta acción también le sumaba el suspenso que le metía cuando venía un tren, ahí se armaba un espectáculo angustiante. Porque El D se subía a las vías y esperaba que estuviera el tren a nada de distancia para largarse y caer mientras todos desde abajo le gritábamos que se tirara ya.

El verano, todos esos veranos por momentos y promediando enero, se ponían aburridos en el barrio y ya no nos calmaban ni los partidos de fútbol ni las carreras con los cochecitos preparados con masilla, arena, monedas y cucharitas. Tampoco lo hacían las bolitas ni las fichus o el poliladron. Y entonces, en ese momento, le metíamos al deslizamiento por el terraplén, durante lo que quedaba del verano y hasta llegar a mediados de febrero, las bombitas de agua, los baldazos y el carnaval.

En este entretenimiento que teníamos con los pibes y las pibas del barrio, la performance de El D era de otro mundo y creo que en ese momento no fui el único que quedó impactado, dado que cada día que volvíamos a tirarnos él repetía una y otra vez la misma práctica temeraria e inverosímil.

Pasaron varios veranos en las mismas condiciones hasta que cada uno siguió su camino, crecimos y la adolescencia nos puso en deportes distintos y escuelas separadas. Si bien compartíamos algunos amigos, no nos volvimos a cruzar en la cotidianeidad. Cuando nos veíamos nos saludábamos y algo hablábamos, pero cada uno seguía enfrascado en su mundo del que solo lográbamos establecer contacto a través de la amplitud que permite el mundo poético.

Años más tarde, cada uno había avanzado en la conformación de perfiles distintos: él más canchero, más simpático, yo un poco más tímido, pero con la confluencia que confiere ese universo extraño y que significa un punto ciego entre que terminás la secundaria y empezás a ingresar al mundo de la facultad y el trabajo y en el que te preguntás *¿qué carajo vamos a hacer?* Allí y por un breve instante volvimos a cruzarnos de manera intermitente.

En esa salida de los diez y pico y la entrada a los veinte y pico, su familia (creo que fue su mamá) había puesto un boliche para lo que nosotros entendíamos como “gente vieja”, de cuarenta y pico en la que iban los solos y solas. Nosotros con un poco de desprecio, decíamos que era el lugar de “las veteranas”, a lo sumo de las madres jóvenes. Mirándolo a la distancia, veintipico de años más tarde, podemos decir que, de alguna manera, algunos de nosotros mismos atravesamos ese mismo territorio del que renegábamos luego de los desencantos amorosos, los divorcios y las separaciones.

Todo lo que veíamos de extraño en ese momento y considerábamos como actos, acciones y situaciones patéticas, con el tiempo y por períodos, terminó volviéndose parte de nuestra propia normalidad, saliendo por las noches, luego de cada separación, a bares y boliches en los que todos nos miran como extraños especímenes venidos de un siglo más atrás, con chupines coloreados y peinados que ni nosotros entendemos.

Volviendo al relato que hoy nos convoca, el local estaba en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires: Santa Fe y Callao. Allí El D pasaba sus noches detrás de la barra y era un ídolo que no paraba de ganarse vejestorios, que la ponía cada noche con alguien distinto.

Esto se repitió durante más de un año, hasta que una mañana como cualquier otra, El D estaba parado en la cornisa del sexto piso de su edificio, a un costado de la ventana de su habitación, fumando un cigarrillo y tarareando algo que resultaba irreconocible.

Dicen que tarareaba porque las dos o tres personas que lo vieron en ese momento, y que luego se convirtieron en cientos de testigos, no podían escuchar absolutamente nada desde abajo, pero suponían que en esa situación alguien tararearía un tema de amor o de desengaño como si la garganta se convirtiera en un bandoneón lloriqueante. Pero no se puede, a ciencia cierta afirmar nada de ello y menos hablando de él.

De todos modos, nunca se supo realmente si tarareaba, murmuraba o si el sonido irreconocible era otra cosa y, además, solo se puede decir que se escuchó el “pibe no te tires” cuando vieron que el cuerpo comenzaba a planear sobre la ventana del quinto piso y ya era tarde para detenerlo.

En ese momento se oyó un suspiro seco del conjunto de cabecitas desesperadas que mágicamente salieron de las ventanas y que gritaban palabras deformes. Dicen que la situación pareció que duraba un año, pero en realidad no fueron más de diez segundos hasta que El D tomó contacto con la ligustrina de un edificio vecino que lo hizo rebotar, hasta quedar en pie sobre el césped recién regado por el portero, que daba esa sensación de extraña frescura, entre barro y clorofila mezclada por el impacto de haber visto volar a una persona desde arriba de un edificio.

Las reacciones fueron diversas, pero en todos había una cara de extrañeza y desacomodamiento, primero, porque un pibe había volado desde el séptimo piso, y después, porque había tenido una caída envidiable hasta por parte de un gimnasta olímpico.

De ese extraño evento pueden registrarse la rotura de algunos huesos, aunque a cualquier otro humano le hubiera significado, por lo menos, no poder volver a caminar nunca más, pero a él, este hecho solo le sumó un leve arrastre del pie y la mirada desaprobatoria de gente que no sabía qué carajo había ocurrido, pero sentenciaba.

Pasaron unos años, y mientras volvía a recitar por los bares de Avellaneda una serie de poemas incomprensibles, cruzábamos versos y palabras sin sentido para todo el resto del planeta, y una noche, él volvió a repetir la acción del sexto piso y se tiró por una ventana con un resultado parecido a lo que había hecho en el barrio, aunque con algunos deterioros diversos y mayores.

Esta vez, rebotó en el toldo del bar que estaba abajo, golpeó contra la pared y quedó sobre la vereda. A diferencia de lo ocurrido en Avellaneda, en la capital la caída fue más dura, aunque la distancia era menor, la aspereza del piso que lo recibió fue otra: una vereda mal arreglada, como todas las veredas de Buenos Aires, por lo que ya no terminó concluyendo su caída en pie.

Luego de ese nuevo vuelo, la perturbadora figura que lo investía como un inmortal se engrandeció por veinte, del pibe que no temía a la caída de un terraplén a ese que volaba por los edificios como un Superman argento y enigmático, pero para ese momento ya no lograba salir de su propio mundo.

Durante esta cuarentena, es decir, hace un rato nomás, me llegó la noticia de que El D tuvo su último vuelo, ya no desde una ventana ni del montículo armado para poder trasladar un tren, sino desde un universo que él ya no manejaba, por lo que solo voy a decir hasta siempre, hasta otro lugar en el que nos volveremos a encontrar D: El Inmortal.

## BIO

### LUCAS ROZENMACHER



Nació en Buenos Aires, en 1970. Es licenciado en Sociología (UBA). Poeta, escritor (“polivalente”) y dramaturgo. Militante de la gestión cultural pública y autogestiva.

Profesor de Sociología en la UBA.

Coordinador de investigación en el área Cultura del Instituto de Desarrollo Humano de la UNGS, donde también da clases en el marco de la Licenciatura en Cultura y Lenguajes Artísticos.

Publicó *Cristales* (2002, Aurelia Rivera, cuentos), *El cuadrado en la pluma* (2006, Aurelia Rivera, poemas), *De barrios, cosas, situaciones y un breve acercamiento al amor* (2012, Aurelia Rivera, poemas), *Palabras Rectoras. Un recorrido por la historia de la Universidad de Buenos Aires a través de discursos, textos, cartas y conferencias de sus rectores* (2015, Libros del Rojas).

En 2004, presentó la obra teatral *Daria*.

En agosto 2020, saldrá la última colección de cuentos, *El origen de una tragedia* (Aurelia Rivera) y *Espacio y performance. Poéticas, acciones e intervenciones en la escena pública argentina* (UNGS).

Escribe, regularmente, en el blog *La naranja voladora*.